

BOLETIN DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

EL LENGUAJE TOPONIMICO DE ORIGEN ANIMAL
(ZOOTOPONIMIA)

JULIO CONCEPCION SUAREZ

Depósito Legal: O. 43 - 1958
Separata número 136

Imprenta "LA CRUZ"
Granda-Siero (Oviedo), 1990

BOLETIN DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

EL LENGUAJE TOPONIMICO DE ORIGEN ANIMAL
(ZOOTOPONIMIA)

JULIO CONCEPCION SUAREZ

Depósito Legal: O. 43 - 1958

Separata número 136

Imprenta "LA CRUZ"
Granda-Siero (Oviedo), 1990

EL LENGUAJE TOPONIMICO DE ORIGEN ANIMAL (ZOOTOPONIMIA)

JULIO CONCEPCIÓN SUÁREZ

JUSTIFICACION PREVIA DE ALGUNOS NOMBRES DE LUGAR

Por zootoponimia se viene a entender el estudio de nombres de lugar motivados sobre animales que los frecuentaban de alguna forma: por dónde pasaban, en qué puntos se cazaban mejor, en qué lugares tenía pastos más adecuados... En fin, algunos animales (salvajes, primero; salvajes y domésticos, más tarde) fueron dejando sus nombres en el entorno que nos rodea, por transformado que lo contemplemos hoy.

En cualquier zona asturiana, la lengua atestigua todavía entre los usuarios más arraigados este interesante documento lingüístico acerca de la ecología de nuestros suelos unos cuantos lustros atrás. En el concejo lenense, por ejemplo, se recogen unos cuantos, aunque los animales no hayan dejado tantos nombres como los vegetales, que sin duda abundan más (y por establecer algún tipo de referencia comparativa).

La desigualdad de frecuencias no puede extrañar en el sistema ecológico de mucho tiempo atrás: los animales no ofrecían (aparte, otras razones) la seguridad alimentaria que el mundo vegetal. El recurso al animal para los distintos usos domésticos es relativamente reciente: el ganado vacuno, sin ir más lejos, parece que no se explotaba a la llegada de los romanos.

En principio, el animal cambia frecuentemente de lugares, es menos abundante en especies utilizables por el hombre que las plantas que recubren cualquier zona de montaña, del valle o de la costa. Se puede concluir con J. M. González en este punto que

el reino animal se presta menos que el vegetal a los topónimos: las plantas se asocian al suelo, pero los animales emigran, se mueven, por lo que no sirven como puntos de referencia estable. No obstante, recuerda este autor los topónimos que se asocian a sus moradas, a los parajes que frecuentan para alimentarse, a los puntos estratégicos para su captura... De ahí los nombres para designar algunos puntos del terreno (1).

Una vez más, por tanto, los nombres de lugar sirven de documentación fidedigna para reconstruir la fauna (hoy sin duda muy diezmada) de nuestros montes asturianos: *La Faisanera*, *Les Melendreras*, *La Fuente l'Oso*, *L'Aguilero*, *El Nial de l'Utre*, *Los Milanos*, *Yan del Milán*, *La Senda las Perdices*, *Campa'l Melón*, *Bovias*, *La Guariza*, *L'Azorea*, *L'Aguilero*, *Campa la Tsiebre*, *Curuxeo*, *Porcieles*, *Val Porquero*, *Los Choberos*, *Les Abeyeres*, *Forcáu l'Osil*, *Palombiurga*, *Les Palombines*, *Los Palombinos*, *El Melendril*, *Robequeru*, *Los Gatiles*, *Monte Gallinar...*, según las zonas regionales.

Esos topónimos del suelo, grabados en asturiano por el recuerdo de los más arraigados (y algunos ya también sobre la cartografía regional), atestiguan la mayor abundancia de animales hoy desaparecidos o sólo estacionales en nuestros montes (el faisán y el urogallo, el *melandru* o el melón, las *utres* o los buitres, los *güés* o los bueyes, la *tsibre*, *llebre*, *chiebre* o liebre, las *curuxas*, la *marta...*).

El sistema ecológico animal se fue transformando de forma decreciente en las últimas décadas, pero el sistema lingüístico toponímico permanece aún lo suficiente como para poder recomponer el polícromo puzzle de nuestra fauna de antaño. Quedan los nombres como sellos indelebles de aquella convivencia (pacífica o no) del hombre, y del animal disputando los mismos parajes.

Como ejemplo al azar de esa coexistencia en lo que hoy son villas apretadas entre calles, bajos comerciales y pisos sobre pisos, queda en Pola de Lena *El Caleyón de los Chobos*: se trata de una estrecha callejuela (poco más del metro de ancho) cada vez más reducida por los edificios que se van levantando a lo largo de su antiguo trazado. En realidad, del citado *caleyón* hoy sólo se contemplan unos cuarenta metros por los que sólo atajan los niños para no dar la vuelta a la marzana (entre las calles de **Marqués de San Feliz**, **Capitán Escalada**, **Vicente Regueral** y el **parque la Iría**).

(1) J. M. GONZÁLEZ. *Toponimia...*, págs. 351 y s.

Detengámonos en el zoónimo citado un poco más: el referido a los siempre discutidos y discutibles lobos. Los *chobos*, perseguidos no por lo que podían aprovechar al lugareño, sino más bien por lo que dejarían de dañar, dejaron su eco, entonces sombrío y prolongado, por los cordales de estas montañas del sur asturiano. En Lena, *Pena Chobera* (La Cortina): peñasca del contorno. Los *Choberos* (La Cortina): varias fincas de pradera sobre el río Foz, en una zona de arbolado oculta en la hondonada del alto valle. *Fuente Choberos* (La Cortina): manantial entre las fincas citadas. *La Chobetera* (Navidiecho): picacho apuntado sobre el pueblo. *Cuitu Chobos* (Xomezana): finca y pastizal sobre *Braña*, en el valle que linda con tierras de *Zurea*. *El Chobo* (Xomezana): conjunto extenso de fincas en el valle de *Bovias*, sobre un altozano al lado del río. *El Chubín* (Xomezana): finca menor en la zona anterior. *La Mata los Chobos* (Tuíza Baxo): lugar sobre la capilla del poblado; conjunto de *praos y matas*; unos metros más abajo, en *Senriecha*, se conserva todavía *un puzu los chobos*, para su captura en otros tiempos. *Puente los Chobos* (Palacio): lugar junto a la actual carretera. *Puzu los Chobos* (Xomezana): paso estratégico sobre el pueblo, donde hasta hace poco había una *espera* en las cacerías de estas alimañas.

En la región asturiana, los lobos fueron fijando nombres semejantes en no pocos lugares. Hay *La Llobera*, en Siero; *La Lloba*, en Castrillón; en Ponga, *Los Llobiles*, *Canalón de los Lobos*, *Colláu los Lobos* (2). Más allá de las tierras asturianas, en la zona leonesa de Los Oteros, *Los Lobos*, *Los Lobicos*, *Carrelobar* (3); *La Lobada*, en Orense; *Lobado*, en Santander; *Loba Morta*, en Lugo; *Lobeira*, topónimo común a toda Galicia; *La Lobera*, en Sevilla y Avila; *Los Loberos*, en Murcia y Almería; *Llovera*, en Lérida; *Serra de Llops*, en Cataluña. Y en zona riojana abundan *La Loba*, *Los Lobos*, *El Lobo*, *Val de Lobita*, *Loberos*, *Las Loberas*, *La Lobera*, *Peñas de Lobao*, *Cabeza Lobaco*, *Val de Lobache*, *Lobero* (4).

En la toponimia francesa ocurre algo parecido: *Laloubère*, en Los Pirineos, y otros del mismo tipo, con grafías y formas parecidas: *La Loubière*, *La Louvière*, *Louviers*, *Louvie*, *Loubers*, *Loubés*, *Louvarresse*, *Louresse*, *Louptière* (5), documentados en época

(2) Guillermo MAÑANA. *Entre los Beyos...*, p. 206.

(3) MORALA RODRÍGUEZ. *Toponimia...*, p. 574.

(4) GONZÁLEZ BLANCO. *Diccionario...*, p. 306.

(5) DAUZAT. *Dictionnaire...*, p. 380.

medieval en formas que remiten a los lobos (lat. *lupus*), como referentes de los lugares respectivos, aunque sea por motivos diferentes.

Los arraigados usos léxicos asturianos connotan la familiaridad de los lobos en el medio rural que motivó los topónimos citados. En el entorno lenense, unas cuantas voces lo atestiguan: *chobiniego*, 'lugar oscuro, lúgubre, que produce miedo'; *metese en la boca chubu* viene a decir: 'meterse donde luego no se podrá salir'; un *chobíncanu* es 'un trozo muy duro de tierra (un *terrón*), que surge al labrar el suelo mojado, y que luego es muy difícil de romper' (los tractores y retrovatos de hoy desdibujaron la referencia del término); *andar como un chubu*, 'dar un aspecto de hambriento, errante, huraño, huidizo, mal vestido'; *chobá* es 'grupo de personas reunidas con intención aviesa'. Neira recoge, además, *chobancos* como sinónimo de los citados *chobíncanos* (6); *tsobazos*, «trozos por donde saltó el arado»; *atsobazar*, «dejar el terreno mal arado, con muchos *tsobazos*» (7).

En todos los usos léxicos lenenses se recoge la asociación creativa popular referida a los lobos: la semejanza de algunas formas en las tierras labradas, las connotaciones de lugares oscuros... Este léxico y designación figurada prueba que los *chobos* debieron ser tiempo atrás (enemigos o no) vecinos obligados del hombre de estos pueblos de montaña del sur de Asturias.

En el conjunto del léxico asturiano existen otras voces parecidas referidas al animal. En zona oriental, *llobizu* es 'olor a lobo' (8). Vigón recoge en Colunga algunos dichos como: *tener una fame com'un llobu*, o *val más dalo al llobu qu'al raposu* (9), con esa nota apreciativa, incluso, del animal si el caso se diera... En Cabranes, *lloba* es una clase de grillo, el grillo cebollero, y *llobatu*, *llebatu*, 'la cría del lobo' (10). En zona de Sajambre, *llobeto*, 'cría del lobo', también; y *llobacho*, 'travesaño sobre el eje del carro' (11).

En Teverga, *tsobada* es la «matanza de ovejas por parte de los lobos», y también «cuando una vaca penetra en propiedad ajena a pacer», según García Arias (12), junto a *tsobazu*, «trozos de tie-

(6) NEIRA MARTÍNEZ. *El habla...*, p. 227.

(7) NEIRA MARTÍNEZ, *ibid.*

(8) ALVAREZ FERNÁNDEZ. *El habla...*, p. 214.

(9) VIGÓN. *Vocabulario...*, págs. 280 y s.

(10) CANELLA. *El bable...*, p. 253.

(11) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ. *El habla...*, págs. 299 y s.

(12) GARCÍA ARIAS. *El habla...*, p. 271.

rras que quedan sin remover», y *tsobercu*, 'lobezno' (13). Más hacia el occidente asturiano, *tsubín* es 'lobo pequeño'; *tsobizniogo*, «lugar al que tienen mucha querencia los lobos»; *tsubarrón*, 'lobo grande'; *tsubeco*, 'cría del lobo', lo mismo que *tsuberco*, recoge Rodríguez-Castellano (14). En la misma zona añade este autor *tso-bazu*, *tsobezu*, «cuña con que se aprieta la telera» en el arado (15); y *tsobo*, «pequeñas matas de hierba que quedan sin cortar cuando el guadañador no es muy escrupuloso en su trabajo» (16). Acevedo recoge también *llobeco*, 'lobezno'; *llobeira*, 'guardida de lobos'; y *llobín*, 'juego de niños' (17).

Todavía el lenguaje toponímico recoge funciones más concretas, en las que los lobos dejaron sus huellas. Por ejemplo, en el generalizado *puzu los chobos*, hoyos verdaderamente artesanos que todavía se conservan a medias entre las retamas, éricas y brezos de cualquier cordal.

Recuerdan los mayores de los pueblos que, en realidad, los *chobos* sólo se cazaban como alimañas que perturbaban la vida de hombres y ganados, pues poco se podía aprovechar que no fuera su piel; pero tampoco ésta servía para mucho, al ser excesivamente áspera y de *serda* muy dura.

Los pozos de *chobos* abundan en los montes, distribuidos en pasos frecuentados por el animal o en lugares estratégicos para dirigirlos y acorralarlos en la huida. Por el valle del Huerna, en el *Monte'l Blime*, se conserva uno que hubo de tener considerable profundidad, a juzgar por el metro cincuenta que todavía conserva, una vez cubierto el fondo con hojas, tierra y malezas desde que no se usa. En *La Pena la Portiecha*, hacia el valle de *Bovias*, sobre *Xomezana*, en una espera de cazadores hubo otro.

Sobre la actual autopista del Huerna, en *La Texera*, bajo *Las Estacas*, recuerdan los de Piñera y Carraluz un pozo de fondo bien empedrado y con las paredes inclinadas hacia dentro (en forma cónica), con el fin de que el animal no pudiera trepar y salir a tierra. La boca se camuflaba con hojarasca y ramaje, y comenzaba la espera.

En otros pueblos recuerdan artificios más sofisticados. En *El Monte'l Xabú*, sobre *Zurea*, y en *Las Chinariegas*, un poco más al sur del pueblo, había otros dos pozos. Aquí, los vecinos coloca-

(13) GARCÍA ARIAS, *ibid.*

(14) RODRÍGUEZ-CASTELLANO, *Contribución...*, p. 55.

(15) RODRÍGUEZ-CASTELLANO, *op. cit.*, p. 266.

(16) RODRÍGUEZ-CASTELLANO, *op. cit.*, p. 251.

(17) ACEVEDO. *Vocabulario...*, p. 183.

ban un *varal* sobre la boca del pozo, al que ataban un *cebetu* (entramado de varas), con un cabrito vivo sujeto en el medio. Cuando el animal balaba, y lo percibía el lobo desde la altura, descendía hasta el cabrito, se lanzaba sobre el cebo, y con el peso giraba el *cebetu* sobre el *varal*; el lobo se precipitaba, entonces, al vacío del pozo, que podía llegar a los tres metros de profundidad. Con las paredes inclinadas en cono, no podía trepar, ni saltar de nuevo para alcanzar el cabrito, que permanecía vivo, atado al *cebetu* y al *varal*, aunque boca abajo y sobre el pozo. Logrado el objetivo, sólo había que esperar la luz del día para abatir la alimaña y recoger sano y salvo el cabrito.

La costumbre, no por rudimentaria menos tecnificada en su tiempo, no deja de ser remota. Así, Jordá Cerdá, al referirse al Paleolítico inferior y medio, señala que las técnicas de caza ya se empezaron a complicar entonces, pues no se podían cazar animales en simple persecución (18). Describe este autor que el hombre primitivo comenzó, así, a emplear trampas de dos tipos: naturales (conduciendo los animales hacia zonas pantanosas) y artificiales (abatiéndolos, una vez capturados en pozas y fosas); en ambos casos, el animal acorralado quedaba indefenso y sin recursos para atacar en su defensa al hombre perseguidor (19).

De modo que los pozos de lobos suponen ya una técnica cinegética extendida y antigua. Moralejo Laso recoge en los documentos medievales la expresión *fogium lupale* (20). Según Moralejo, la palabra *fogium* es una falsa latinización medieval de la voz vulgar *foio*, *fojo*, procedentes del latín vg. **foveum*, por *fovea* (21), 'hoyo, pozo'; el adjetivo *lupale* alude precisamente a los pozos preparados para la captura de lobos. Señala Moralejo que estos pozos «parece que estaban constituidos por un pequeño reducto circular y de cierta profundidad, en el que convergían dos largos muros que obligaban al lobo a precipitarse en aquél cuando sus perseguidores lo acorralaban» (22). La misma técnica representan los *fôjos* en Portugal, donde existen, además, los *fôjos de cabrita*, así llamados «porque en él se ponía una cabrita como cebo para engañar al lobo» (23).

(18) JORDÁ CERDÁ. *Historia...*, I, p. 71.

(19) JORDÁ CERDÁ, *ibid.*

(20) MORALEJO LASO. «*Fogium lupale...*», págs. 133 y ss.

(21) MORALEJO LASO, *ibid.*

(22) MORALEJO LASO, *ibid.*

(23) MORALEJO LASO, *ibid.*

Como se puede observar, el sistema de estos pozos de lobos en Galicia y Portugal en poco difiere de los pozos de chobos descritos más arriba en la zona lenense. El lenguaje toponímico es paralelo en ambas regiones. En Galicia, relaciona Moralejo con este campo de zoónimos los abundantes *Fojo*, *Foxo*, *Foxo do Cabrito*, *Foxo do Librán*, *Fojovedro*, *Folloval*, *Follaval...* (24), lo mismo que otros con la misma base léxica animal: *Lobeira*, *Solobeira*, *Lobelos...*, y semejantes (25). Ya en Portugal, añade Diogo Correia *Lobagueira*, *Loba Farta*, *Lobo Morto*, aclarando que el lobo fue tiempos atrás fiera temible, puesto que llegaba hasta los mismos caseríos y poblados con gran facilidad (26).

En la región catalana, Moreu Rey recoge nombres de lugares con la misma referencia: *Pla de Llop*, *Puig dels Llops*, *Coll de les Lloberes*, *Llobatera* (27), al lado de otros catalanes como *Llobera*, *Lloberola* (28), o *Dol de Llops*, *Gratallops*, *Vandellós* (29). En el resto peninsular, son frecuentes los del tipo *Lobera* (30), *Lobeznos*, *Loberos*, *El Lobillo*, *Los Lobos*, *Loboso...*, sin duda referidos a la presencia pasada de lobos en el lugar, zonas de paso, lugares boscosos donde suelen encamar y otras motivaciones posibles recogidas en cada lugar concreto.

En la región francesa, las cosas no debieron ser de otro modo, a juzgar por los nombres más arriba ya citados. Dauzat interpreta *Chantelouve* como 'lugar frecuentado por lobos' (31), y *Fosse-Louvain*, como 'trampa para lobos' (32). El lenguaje toponímico sigue recogiendo, por tanto, también en Francia, lo mismo 'los lugares de lobos', que 'los pozos para cazarlos'.

Se puede concluir con Alfredo Noval, aludiendo a la situación pasada de este animal en la región asturiana, que se trata del depredador más poderoso que vive en Asturias, a su vez, zona de España más poblada con estas alimañas (33). Describe este autor cómo la acusada movilidad del lobo le permite efectuar considerables recorridos en pocas horas, lo que hace aumentar todavía la

(24) MORALEJO LASO, *ibid.*

(25) MORALEJO LASO. «Sobre grafía...», p. 26.

(26) DIOGO CORREIA. *Toponímia...*, v. *Lobeira*.

(27) MOREU REY. *Els noms de lloc*, p. 64.

(28) GRIERA. «Nombres...», t. XXVIII, p. 31.

(29) MONTOLIU. «Dos estudios...», p. 9.

(30) GRACE ALVAREZ. *Topónimos...*, p. 310.

(31) DAUZAT. *Dictionnaire...*, p. 142.

(32) DAUZAT, *op. cit.*, p. 584.

(33) Alfredo NOVAL. *Zoología...* págs. 27 y s.

impresión de que su número es mucho mayor: están en todas partes; pero añade que es, sobre todo, en las prolongadas nevadas cuando bajan a los caseríos, aldeas, y a los mismos pueblos del valle: cazan, entonces, todo tipo de presas, en particular potros, ganado vacuno menor y lanar (34).

No obstante, en este campo zoonímico como en tantos otros, el lenguaje toponímico se presta a la homonimia, por lo que hay que identificar con tino los referentes concretos de cada voz apostada en el terreno. Por ejemplo, en la zona leonesa de Los Oteros recoge Morala Rodríguez algunos topónimos a separar de este campo (35): *Las Lobas*, *La Madriz de la Loba*, *Las Lobatas*, y algún otro dudoso. Para este autor, se trata de topónimos en forma femenina o singular, por lo que no parecen asociables de manera coherente al zoónimo ahora en cuestión (36).

Estos nombres de lugar parecen motivados sobre bases homográficas no siempre identificables, pero sin duda menos imaginativas y forzadas que por referencia al lobo. Recuerda Morala que el nombre de persona *Loba* abunda en la documentación medieval de algunos cartularios leoneses, y que puede tener origen germánico, ya que en latín la forma en femenino tenía connotaciones peyorativas (37). En estos casos, se trataría, más bien, de nombres de antiguos propietarios (posteriormente con artículo incluso, por asociación etimológica popular con el nombre del animal), o, simplemente, podría tratarse de un apodo del dueño de la finca (38). En todo caso, no habría un topónimo de base animal.

En fin, paralela a la científica, sigue la voz popular, en ocasiones un tanto novelada, pero casi siempre próxima a los hechos (*fechorías*) de estos animales del monte. Debajo de todo ello (científico o vulgar) hay su núcleo de verdad.

Algo semejante se podría decir de otros muchos lugares toponímicos de motivación animal: *La Fuente l'Oso*, *Fuente Choberos*, *Braña l'Oso*..., son hoy fuentes, brañas o parajes que invitan a la foto y a la tienda de campaña, pero que, tiempo atrás, eran territorio acotado por las preferencias de los animales, con cuyos nombres los lugareños amojonaron el suelo. De ello todavía dan buena cuenta los paisanos de los pueblos que recuerdan las cace-

(34) Alfredo NOVAL, *ibid.*

(35) MORALA RODRÍGUEZ, *Toponimia...*, págs. 574 y ss.

(36) MORALA RODRÍGUEZ, *op. ct.*, p. 575.

(37) MORALA RODRÍGUEZ, *op. cit.*, p. 576.

(38) MORALA RODRÍGUEZ, *ibid.*

rías organizadas (*batías*), hechas cada año para equilibrar entonces un poco la proliferación de algunas alimañas más dañinas al ganado.

Resume Hernández Carrasco: «la presencia abundancial de cierto tipo de animales en zonas determinadas actúa también como elemento diferenciador para originar denominaciones toponímicas acordes con la respectiva clase de fauna»... «Por otra parte, interesa destacar el hecho de que alguna especie de fauna, desaparecida actualmente en la geografía regional, queda plasmada en la toponimia» (39).

La zootoponimia recoge otros nombres también. Así, respecto al recurso animal para la alimentación humana en épocas cronológicas más antiguas, se sabe por el geógrafo Estrabón que el animal más empleado a la llegada de los romanos era el de raza cabría. Hablando este autor de la vida y costumbres de los montañeses del norte peninsular, dice que «todos estos habitantes de la montaña son sobrios: no beben sino agua, duermen en el suelo, y llevan cabellos largos al modo femenino, aunque para combatir se ciñen la frente con una banda. Comen principalmente carne de cabrón; a Ares sacrifican cabrones, y también cautivos y caballos» (40).

El historiador Plinio, por su parte, habla de la importancia de las abejas en la producción de la miel para la dieta del hombre. Parece ésta una larga tradición que pervive muy arraigada en nuestros pueblos asturianos de montaña sobre todo, retomada hoy entre apicultores más tecnificados que aseguran las cosechas de otoño y primavera.

Dice el citado naturalista Plinio: «[En cierta aldea del Padus —Poo—, cuando reina el hambre ponen sus habitantes las colmenas en barcas y las hacen bajar de noche largo trecho; con el día las abejas salen a libar. Esta operación, repetida en distintos lugares a lo largo del río, da como fruto una grande y rápida cosecha de miel]. En Hispania en casos semejantes se utilizan los mulos para transportar las colmenas» (41).

Las observaciones del naturalista citado confirman que las abejas fueron animales preciados en el recurso alimentario, con los que se emplearon sistemas semejantes en los puntos más dispares del Imperio antiguo. Por ello, se ha de concluir que fueron ex-

(39) HERNÁNDEZ CARRASCO. *Toponimia...*, p. 27.

(40) ESTRABÓN. Cap. III, 3, 7.

(41) PLINIO. *Tratado de Historia*, libro XXI.

plotados con cierta intensidad, lejanos todavía los mecanismos más desnaturalizados de la actualidad que aseguran más cosechas con menos colmenas.

Los topónimos correspondientes salpican el entorno asturiano, designando la abeja misma, el truébano, los arnos, la planta *abeyera*...; en fin, toda una industria en torno a las *abeyas*. De ahí, los nombres de lugar correspondientes: *Les Abeyeres, Pena Beyera, L'Abeyera, Truébano, El Truíbanu, Pena Miel, Arnón, Arniecha, La Pena la Miel, Colmenar, La Melera*... y semejantes (42). Miel, cera para el alumbrado de la casa y de la iglesia, remedios medicinales y otros usos caseros..., eran artículos sin más fuentes inmediatas que las *abeyas*. Por eso abundan los nombres.

Como se acaba de señalar, otras especies animales eran citadas por los historiadores antiguos, dada su incidencia en la economía alimentaria familiar. Es el caso del citado cabrío. De ahí los frecuentes topónimos asturianos del tipo *Pena Cabrera, El Cabril, Los Joyos de la Cabra, Cuá las Cabras, Los Cabríos* (en zona lenense); *La Cabrieta, Cabriles, El Cabritón, Cabril, Roza'l Cabrón, Punta'l Cabritu, Picu Cabrón, El Río las Cabras, Peña les Cabriteres, Collau les Cabres*..., en Turón, Siero, Allande, Aller, Candás, Ibias, Posada de Llanes, Ponga.... En la toponimia de otras lenguas regionales, las formas se ramifican: *Cabreira, Cabreiros, Cabriles, Serrat de Cabres Mortes*..., de zona gallega, catalana...

De los otros animales citados por Plinio, los caballos parece que no abundan, en cambio, en el lenguaje toponímico: quedan en *Lena Vía Cabachos, Braña Cabachos, Vega Cabachos*... y otros en la toponimia peninsular, como *Serra dos Cabalos, Serra de Cavalls, Cueva els Cavalls, Caballigo, El Caballo, Los Caballones, Cabaleiro, Cabalar, Caballar, Caballeriza, Caballusa, Cabaloria, Cabaleriza*... nómima fácil de identificar y extender (en Galicia, Cataluña, La Rioja, Segovia, Alicante, Salamanca...).

Sí abundan, por el contrario, otras muchas especies entre los nombres de lugar, señal de que, en su momento, tenían valor más inmediato entre los habitantes de cada zona concreta. Por no extender las listas (a modo de ejemplo), voy a partir de la zona centro-sur asturiana también (concejos de Lena, Quirós, Aller, Riosa..., sobre todo). Cualquier travesía por el monte, o por cemento y asfalto, ofrece suficientes materiales para asociar topónimos parecidos en cualquier concejo de nuestro entorno regional.

(42) Julio CONCEPCIÓN. «Toponimia de las *Abeyas*...», págs. 617 y ss.

Es el caso de los topónimos que recuerdan el ganado porcino (cerdos, puercos, gochos), domésticos o salvajes (*xabalinos*), pues todavía hoy los términos se interfieren en varias zonas asturianas, como luego se verá. De ahí topónimos del tipo *Porciles*, *Pro-ciles*, *Val Porquero*, *Las Porqueras*, *Las Porquerizas*, *La Chama'l Puircu*, *Val de Puercos*, *Cuchu Puircu*, *Río Porciles*, *La Porquera...*

Los bueyes, los *güés*, los *güéis*, fueron empleados hasta no hace muchos años en el transporte de carros y carretas, para el arrastre de maderas, o en aquella incipiente industria del *trasimán*, que compraba en Asturias para vender más allá de los pasos de montaña en tierras leonesas o gallegas. Quedaron topónimos del tipo *Bovias*, *La Bovia*, *Cochá los Güeis*, *Camín de Güeis*, *La Guariza*, *Bur de Buey...*

La fauna de nuestro entorno reciente está, pues, suficientemente representada en toponimia: los *palombos* y *palombas*, las palomas, dejaron *Les Palombes*, *Columbiecho*, *La Palomera*, *Pena Palomera*, *La Pena Palomina*, *El Palombar*, *El Palomar*, *El Penón de la Pena Palomina*, *El Palumbar...*

Algo semejante se podría decir del oso, animal seguramente tampoco (y tan poco) enemigo entonces como ahora; pero igualmente buscado por el famoso *unto* empleado en remedios caseros, por su piel, la carne, según algunos... Entre los nombres: *La Fuente l'Oso*, *El Fabar de l'Oso*, *la Sienda l'Oso*, *La Mata l'Oso*, *La Cueva l'Oso*, *La Bua l'Oso*, *Yanas del Oso*, *Braña l'Oso*, *Braña l'Osa*, *Cutsá l'Oso*, *El Baitsaero l'Oso*, *La Torga l'Oso*, *La Capilla l'Osu*, *Forcau el Osil...*, a lo largo de la geografía asturiana.

Los corcios, robazos, robizos, los corzos y rebecos, dejaron *Las Robequeras de Cuandia*, *La Canga las Robecas*, *La Fuente las Robequeras*, *La Fuente las Robecas*, *Chan del Curciu*, *El Monte los So Corcios*, *Robequeru...* en Lena, Aller, Los Beyos....

Completan la fauna toponímica otras especies que sugieren unos bosques, *oxas* y *mayaos* bastante más animados un tiempo atrás: *La Chiebre*, *Campa la Chiebre*, *Los Picos de la Chiebre*, *Llebrado*, *Les Chiebres...* (las *chiebres*, *llebres* y *llebratos*, las *liebres*). *La Sienda'l Guetu*, *La Cueva'l Guetu* (los gatos monteses o *gatu*, *guetu algaire*), *Curuxeo*, *El Curuxal*, *La Curuxa*, *Quentu la Curuxa*, *Coruxeo...* (la *curuxa*, la lechuza, tal vez el búo).

El lenguaje toponímico es más escueto en otros representantes de la fauna astur. *Las Meloneras*, *Campa'l Melón*, *Las Melendreras*, *Les Meloneres*, *La Melona*, *Fuente'l Melón...* (del melón o *melandru*). *La Pena'l Martón* (de la marta). *L'Azorea*, *L'Azorea*, *Zurea*, *El Zuríu...* (de los azores o *ferres*). *La Faisanera* (del fai-

sán, tal vez confundido con el urogallo). *Ranero, La Saperu, El Raneru, Ro Saperu, Braña Sapiega...* (de los sapos, ranas y *xaroncas*). *El Mosquil, La Mosquitera, Los Moscones...* (de algún tipo de moscas más dañinas al ganado, que huye a los *miriaeros*, referentes toponímicos al caso).

La lista se haría larga: sólo algunos más. *L'Utrera, El Nial de l'Utre* (los buitres, *las utres*). *Picu Cuerva, Pena Corvera* (los cuervos). *Las Gavilanceras, Los Gavilanes, El Quentu los Gavilanes... Rau Can, Rau Canín* (antes el perro, que dejó *canilá*, 'mordedura del perro'). *Las Vacás, Las Bizarreras, Las Carneras, La Cuaña los Corderos, La Cordera...* (de innecesaria explicación).

El mosaico de esta fauna regional sólo nos ha llegado completo por el lenguaje toponímico (a su vez, en proceso de fragmentación imprevisible). Hoy no se deja ver *la marta, el gatu algaire, el melandru...* Y se ve raramente *una chiebre, un ferre, las utres, un milán...* La fauna casi se ha tenido que ir, sin más huellas que sus nombres diseñados sobre algún que otro *canturrial*.

En una apreciación estadística por encima, se puede observar que uno de los animales que más topónimos ha dejado es el cerdo. Ello resulta explicable en un entorno asturiano, en el que no se encuentran huellas toponímicas suficientes del aceite ni del olivo. El cerdo proporcionaba, así, la única grasa (*el unto*) destinada a los guisos caseros. La costumbre pervive muy arraigada entre los vaqueros de los puertos y brañas de verano, que prefieren *el unto* al aceite para guisar sobre el *char* de las *cabanas*.

El *unto* (manteca de cerdo, en el lenguaje culinario y comercial) derretido de forma adecuada y conservado en *tarreñas* de barro, aseguraba el único sustituto del aceite al alcance de casi todos. La costumbre de los vaqueros asturianos con el *unto* queda prolongada en el tiempo con los datos que ofrece Estrabón, cuando se refiere a los habitantes de estas montañas: «en lugar de aceite, usan manteca» (43). Y aclara García Bellido en nota correspondiente que «tratándose de pueblos norteños, es lógico, pues el olivo no llega más que hasta el Guadarrama o poco más» (44).

Otra cuestión sería cuantificar el número de cabezas de ganados que podía pastorear una familia (o tribu) por estos valles asturianos más altos a la llegada de los romanos. Los estudiosos de la Asturias prerromana sólo aventuran afirmaciones relativas hasta ahora. J. M. González escribe: «De todos los testimonios adu-

(43) ESTRABÓN. III, 3, 7.

(44) GARCÍA BELLIDO. *España...*, 121, nota 189.

(45) J. M. GONZÁLEZ. *Historia...*, II (p. 136).

cidos, resulta que en la Asturias protohistórica, al menos en los **últimos** tiempos, los indígenas poseían piaras de cerdos, rebaños **de cabras** y ovejas, y yegudas o manadas de caballos, y que, por **tanto**, la ganadería constituía una ocupación destacada y un **factor importante** en su economía» (45).

No obstante, hay un desajuste entre la tradición asturiana de las *vacas roxas* (casinas y de los valles) respecto al lenguaje toponímico de estas zonas estudiadas que documente su incidencia en la vida doméstica local. La presencia de *vacas roxas*, bien adaptadas al clima y a los pastos, al calor de las brañas o al rigor de los inviernos en los valles, se traduce, por paradójico contraste, en un silencio bastante notorio de voces toponímicas que aludan a las vacas (sí abundan las referidas a los bueyes). Sólo se encuentran algunas como *Las Vacás*, *La Bizarrera*, *La Bezarrera*... El lenguaje toponímico no abunda en este campo léxico.

Su presencia relativa parece, en cambio, confirmada por datos de otro tipo. Francisco Jordá, hablando del Neolítico en la zona oriental asturiana, dice: «con buenas lluvias y excelentes pastos, vivían la cabra y la oveja, el cerdo y la vaca, los primeros animales que se domesticaron, en estado salvaje» (46). De modo que ese ganado vacuno pudo abundar en el monte, pero sin uso doméstico en el poblado.

Por otra parte, esa relativa presencia de vacas podría justificarse con el diseño y distribución de fincas que forman el mosaico rural dibujado en las laderas de cualquier valle. El diseño en el valle no parece elaborado para el ganado y el pasto, sino para el arado y las tierras de labor.

En los valles, hasta más de media ladera de la montaña, las fincas se extienden alargadas en rellanos o zonas alisadas por la reja entre una *suquera* y la inmediata superior. Los contornos de estas fincas, hasta la misma *xebe*, están bien aprovechados, no dejando más espacio al arbolado que una sobria línea de árboles o arbustos (frutales, casi siempre), para contener el terreno pendiente (formar las *suqueras*) y evitar el *argaxu* en los suelos movedizos. En muchos casos, no existen ni arbustos en las lindes. El modulado del terreno siempre se observa mejor desde la ladera contraria, o desde el pueblo de enfrente.

Hasta hace unas décadas, todas estas fincas eran tierras de *semar*. Hoy son prados de pasto, en su mayoría. Pero, como en otro lugar se verá, el lenguaje toponímico las designó con referencia

(46) Francisco JORDÁ. *Historia...*, II, p. 172.

a los sembrados (incluso anteriores a los productos traídos de ultramar), a sistemas de reparto o a las cosechas que más garantías ofrecían al labrador (no se asentaron nombres del ganado vacuno): *La Mortera, La Cortina, Trigueras, El Centenal, Candiales, Escanlares, Arveyales... Las Tercias, Las Quintas...* (No aparecen voces toponímicas relativas a las patatas, el maíz, los tomates... Los nombres ya estaban puestos).

A medida que se asciende por encima de los pueblos hacia la cumbre de la montaña, se aprecia una mayor continuidad del monte, una mayor irregularidad en la forma de las fincas, y una mayor espesura de los árboles entre un prado y el vecino. Más aún, en muchas praderas hay árboles diseminados por el medio, lo que impediría su función como tierra de sembrar. Esos prados no fueron tierras, por lo menos en su totalidad (*borronadas*, en todo caso).

El resultado paisajístico hacia las cumbres suele ser, por tanto, mayor continuidad del monte y del bosque, mayor anchura de los linderos, pequeños *castañeros* o hayedos en la misma pradera, monte bajo, carba, *oxa* en sus contornos inmediatos.

Con esta distribución del entorno, se aprecia una abundancia de antiguas tierras de sembrar, frente a una escasa presencia de *praos* y zonas dedicadas al pasto del ganado mayor. Los pocos *praos* originales (que nunca fueron tierra) parecen encajados en el paisaje a fuerza de fuego y hoz, recortando espacios ganados al bosque, a las carbás, al terreno pendiente y escaso, a los suelos sombríos (*aveseos*) muy poco productivos, al roquedo incluso y a las vaguadas de los regatos más pendientes.

Esos *praos*, desde el principio acotados para el pasto, llevan nombres descriptivos de su situación marginal en el espacio y en el tiempo: *La Cuesta, Los Recuestos, Prau Nuevu, Preu Nuivu, Prao Nuevo...*, *L'Aveseo, La Carba, Los Gorbizales, El Tacón, El Carrascal, El Monte, La Oxa, El Oxigu...*

El espacio para los pastos, en beneficio de los sembrados, parece, en fin, reducido y de creación tardía. De ahí la descripción paralela en el lenguaje toponímico del valle correspondiente: pocos nombres dedicados al ganado vacuno, y a las vacas sobre todo.

El mismo testimonio de los mayores de hoy confirma el diseño del paisaje: pronto recuerdan los sembrados que se hacían no sólo hacia el valle, sino hasta pocos metros de las cumbres de las cimas altas. Como anécdota curiosa, cabe citar el testimonio de los vecinos de Tuíza y de los vaqueros del *Meicín*, bajo la misma Peña Ubiña: las dos fincas, hoy cercadas de piedra sobre los 1.400 metros de altura (*Braña Chuenga y La Corrá*), las recuerdan sem-

bradas por el verano de *arvejos*, *patatas*, *fabas prietas*... Si los pastos eran escasos, los topónimos escaseaban parejos también en este campo.

Del lenguaje toponímico se deduce, en cambio, que el animal salvaje, la alimaña incluso, tenía más utilidad que el vacuno, siempre más o menos controlado por el oteo y la destreza de los lugareños de cada valle. Sus pieles, por ejemplo, eran materia prima imprescindible en la precaria economía familiar de los pueblos de montaña: proporcionaban vestido, calzado, *odres* para el agua y las bebidas, aperos para el ganado, zurroneos para el transporte de alimentos, y toda una serie de útiles domésticos que se fabricaban con *cuero*, *pellejo*, *correa*, *pereya* o *perea*, según los pueblos.

Del cuero, por ejemplo, resultaron las *corizas*, *coricias*, *zuecos*, *abarcas* o *sandalias*, de uso tradicional antes, y remozado en los tiempos posmodernos con la nueva industria del cuero, las ferias de artesanía, los talleres de empleo y semejantes. Estas *corizas* estarían confeccionadas de cuero en modalidades de poca variedad: con tiras de correa, cerradas, subidas... El zueco llevaría cuero y madera, a todo más, a juzgar por el trabajo citado abundante en datos de este tipo.

La *coriza* debía alternar con la madreña. Fernández Canteli, estudiando las numerosas formas de la madreña en el noroeste hispánico, habla precisamente de estas *corizas* como el sistema prehistórico más rudimentario de aquéllas (47). El cuero habría tenido que ser sustituido por la madera, también abundante en cualquier zona, al ser muy permeable al agua.

Señala el citado autor: «El calzado de cuero cumple muy bien todas estas funciones excepto la del aislamiento, que en un clima húmedo y relativamente frío en invierno, como el del norte de España, es primordial para el campesino. Este tipo de calzado, la *abarca* o *coricia*, ha sido utilizado en zonas típicas de madreñas, como Asturias central y occidental, si bien en tiempo seco» (48).

Se puede concluir que una forma híbrida de cuero y madera se continúa en los actuales zocos gallegos y occidentales asturianos, zuecos perfectamente adaptados a la zona húmeda mediante el recurso a la grasa animal, que palía en parte los efectos negativos de la humedad.

(47) FERNÁNDEZ CANTELI. *La madreña...*, págs. 43, 48 y 56.

(48) FERNÁNDEZ CANTELI. *op. cit.*, p. 48.

Esta primitiva industria del cuero y las corizas, aparte de los topónimos indirectos en la fauna correspondiente, puede estar en la base inmediata de topónimos del tipo *El Puertu la Coriza*, entre Aller y tierras de Pendilla. El lenguaje toponímico recogería la costumbre allerana de usar la voz *cueros* para designar cualquier tipo de pieles de animales (salvajes o domésticos). Otros lugares como *Cuérigos*, *Corigo*, *Corigos*, *La Sierra del Cuera*... podrían tener otros orígenes también.

En fin, concluyendo ya, el lenguaje toponímico de motivación animal, recogido en el entorno asturiano de estas zonas más altas, supone un precioso documental lingüístico al lado de otros. Una vez más, las voces del suelo diseñan estadios ecológicos preteritos, sin duda más variados, ricos y polícromos de lo que ofrece el silencioso o silenciado monte actual.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ACEVEDO Y HUELVES, B.-FERNÁNDEZ, M. (1932). *Vocabulario del bable de occidente*. Madrid.
- ALVAREZ FERNÁNDEZ-CANEDO, J. (1963). *El habla y la cultura popular de Cabrales*. C.S.I.C. R.F.E., Anejo LXXVI. Madrid.
- ALVAREZ, Grace (1968). *Topónimos en apellidos hispánicos*. Estudios de Hispanofilia. Nueva York.
- CANELLADA, M.^a J. (1944). *El bable de Cabranes*. R.F.E. Madrid.
- CONCEPCIÓN SUÁREZ, J. (1990). «Toponimia de las abeyas entre los pueblos de Lena». *Rev. B.I.D.E.A.* núm. 135 (págs. 617-629). Oviedo.
- DAUZAT, A.-ROSTAING, Ch. (1978). *Dictionnaire étimologique des noms de lieux en France*. Librairie Guénégaud. París, VI.
- FERNÁNDEZ CANTELI, A. (1987). *La madreña: tipología y distribución en el noroeste español*. Ed. Principado de Asturias.
- FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, A. R. (1959). *El habla y la cultura popular de Oseja de Sajambre*. I.D.E.A. Oviedo.
- GARCÍA ARIAS, J. L. (1974). *El habla de Teberga. Sincronía y diacronía*. Archivum. Oviedo.
- GARCÍA BELLIDO, A. (1982, 4.^a ed.). *La España del siglo I de nuestra Era. Según P. Mela y C. Plinio*. Espasa Calpe. Madrid.
- GARCÍA BELLIDO, A. (1986, 9.^a ed.). *España y los españoles hace dos mil años. Según la Geografía de Strábon*. Espasa Calpe. Madrid.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. (1987). *Diccionario de toponimia actual de La Rioja*. Instituto de Estudios Riojanos. Universidad de Murcia.
- GONZÁLEZ, J. M. (1959). *Toponimia de una parroquia asturiana*. I.D.E.A. Oviedo.
- GONZÁLEZ, J. M. (1978). «Asturias protohistórica». *Historia de Asturias*, t. II. Ayalga. Gijón.
- GRIERA, A. (1947). «Nombres de santo y de lugar de la diócesis de Solsona». *B.D.E.*, XXVIII.

- HERNÁNDEZ CARRASCO, C. (1978). *Toponimia de la provincia de Murcia*. Universidad de Murcia.
- JORDÁ CERDÁ, F. (1978). «Prehistoria». *Historia de Asturias*, I. Ayalga. Oviedo.
- MAÑANA VÁZQUEZ, G. (1988). *Entre los Beyos y El Ponga. El Cordal del Collau Zorro*. Caja de Ahorros de Asturias.
- MONTOLÍU, M. de (1953). *Dos estudios de toponimia de la provincia de Tarragona*. Tarragona.
- MORALA RODRÍGUEZ, J. (1989). *Toponimia de la comarca de Los Oteros (León)*. Diputación Provincial de León.
- MORALEJO LASO, A. (1952). «Fogium lupale y sus actuales derivados gallegos». *Rev. Cuadernos de Estudios Gallegos*, VII, fasc. XXIII (págs. 315-351).
- MORALEJO LASO, A. (1976). «Sobre grafía y pronunciación de los topónimos gallegos». *Rev. Verba*, (págs. 11-34).
- MOREU REY, E. (1965). *Els noms de lloc*. Barcelona.
- NEIRA MARTÍNEZ, J. (1955). *El habla de Lena*. I.D.E.A. Oviedo.
- NOVAL, Alfredo (1976). *La fauna salvaje asturiana*. Ayalga. Gijón.
- RODRÍGUEZ-CASTELLANO, L. (1957). *Contribución al vocabulario del bable occidental*. I.D.E.A. Oviedo.
- STRABÓN (1952). *Geografía de Iberia. Fontes Hispaniae Antiquae*. Barcelona.
- VIGÓN, Braulio (1955). *Vocabulario dialectológico del concejo de Colunga*. R.F.E. Anejo LXIII. Madrid.